



Jose Sanz

<http://josesanzsaez.weebly.com>

Carnaval

El carnaval es ese momento en el que te puedes poner la máscara para ser otro, para disfrutar de la experiencia de otra vida, de otra forma de ver el mundo. O, quizá, disfrazándote de otro seas realmente tú mismo, alejado de las convenciones y mostrando lo que ocultas tan cuidadosamente durante todo el año. Sea como fuere, es un momento más para disfrutar de la vida con alegría. Para apurar ese trago con deleite. Si puede ser acompañado de amigos mejor y si no, es un buen momento para encontrarlos.

Él se disfrazará de mujer, para aprovechar la ropa atrevida que lleva años comprando, y como primer paso para hacer pública su salida del armario. Ella se disfrazará de agente del orden, para infundir un poco de respeto a unos hijos y un marido que no le hacen ni caso. Unos se vestirán de cura, para dar unas hostias a gusto a alguno que se las merece. Otros serán unas prostitutas sensuales -con bigote y bello en las piernas- para con esos trajes vencer la timidez y acercarse a unas chicas disfrazadas de monjes. El obrero se pondrá un traje y jugará a ser patrón. El patrón se pondrá unos vaqueros y no se dará ordenes ni a sí mismo. Unas mujeres maduras se vestirán de colegialas con coletas y volverán a ser jóvenes sin perder ni un ápice de lo que saben, menudo miedo. Unos jóvenes se disfrazarán de jubilados y con un júbilo desbordado saltarán impulsados por las cachabas, mientras trasiegan pastillas para el alzheimer, o eso les dirán a los agentes de la policía disfrazados de paisano que les requisarán las drogas.

Los perros se disfrazarán de amos y disfrutarán del derecho al sofá. Y los amos se vestirán de perros para mear donde les plazca, cosa que los hombres disfrazados de barrenderos por la mañana les reprocharán acordándose de todo su árbol genealógico. Habrá quien practique el coito sin protección escondido tras de un seto, mientras al otro lado duerme el sueño de los justos uno disfrazado de condón, qué paradoja.

Sin duda los disfraces hacen posible vivir otras vidas. Unas veces salvajes y otras veces deliciosamente tradicionales. Las máscaras que se ponen y se quitan hacen de la noche de carnaval un oasis en el desierto, un momento para que lo que se desee se cumpla sin remordimiento de conciencia, sin obligación de sonrojarse. Quizá tan sólo sea cuestión de dejar de pensar todo tanto y dejarse mecer por viento del momento. No se trata de ser otro sino de, por una noche al menos, ser uno mismo. O quizá todo lo contrario. ¿Tú cómo lo ves?